

Introducción

Hé venido a traer ante ustedes el testimonio de un encuentro con el Señor, de un Pentecostés vivido por cerca de doscientos cristianos, en su gran mayoría laicos, que viniendo de todas las regiones del mundo, fueron invitados en consulta por el Santo Padre a través del Pontificio Consejo para los Laicos y se reunieron en Rocca di Papa, entre el 21 y el 25 de mayo de este año.

La consulta fué organizada como parte del proceso de preparación de este Sínodo que acaba de comenzar. Fuimos a ella a la vez inquietos y esperanzados. Inquietos porque conocíamos nuestras limitaciones, nuestras dudas y nuestras flaquezas. Pero también fuimos esperanzados porque sabíamos que entre nosotros estaría el Señor.

Muchos de nosotros traíamos ideas, experiencias y vivencias que transmitir. Teníamos ansiedad por decir lo que había dentro de nosotros y nos parecía que la Consulta habría fracasado si no llegara a destino nuestro mensaje y era recogido y asumido por el Plenario.

Pero el Señor tiene sus propias maneras de hacer: lo que pusimos en la mesa se transformó, se enriqueció y se multiplicó. Al final, todos terminamos recibiendo más de lo que habíamos aportado.

Recibimos por lo pronto una vivencia espiritual, religiosa y eclesial. No fue una reunión de técnicos o de expertos a la que asistimos. Mas bien nos sentimos llamados a una experiencia más profunda, al reconocimiento de nuestro bautismo.

De allí nació la convicción de que la preparación del Sínodo, en la que teníamos la gracia de intervenir, el Sínodo mismo que luego vendría y sobre todo su posterior seguimiento constituirían -como signo de los tiempos- una invitación insistente a la Iglesia para que renovara su conversión a Jesucristo.

Es El mismo entonces nuestro modelo y nuestra conducta ha de ajustarse a su ejemplo de santidad: cumplir la voluntad del Padre, allí donde nos toca vivir.

Resultaría imposible reflejar con fidelidad en unos pocos minutos la enorme riqueza de ideas, vivencias y gracias que recibimos durante nuestros intercambios en la Consulta. Todos nos sentimos profundamente agradecidos al Señor que mediante el Consejo para los laicos nos había permitido vivir este encuentro entre nosotros, con algunos de los Padres Sinodales y con el Santo Padre que tuvo la bondad de recibirnos en Audiencia y de escucharnos.

La multitud de cristianos que intervino en la preparación de este Sínodo, analizando y aportando observaciones a los "Lineamenta" y al "Instrumentum Laboris", o simplemente ofreciendo sus oraciones. Ha vivido una experiencia muy intensa de participación en la vida de la Iglesia:

En la Consulta vimos que esta participación podía ser aun más consciente, más elaborada, más servicial, más ajustada -en definitiva- a la misión del cristiano laico en la Iglesia y en el mundo.

Precisamente es en torno de la participación que quienes nos encontramos en Rocca di Papa deseáramos que nuestros obispos reunidos en este Sínodo recibieran nuestras aspiraciones y propuestas y dedicaran a ellas parte de nuestra atención.

Sobre la participación

Los cristianos laicos desean participar creativa y activamente tanto en el mundo como en la Iglesia. Una cosa no puede darse sin la otra. A partir de la autonomía en el orden temporal que les es propia, los laicos participan de la obra de transformación del mundo en los varios campos del trabajo, la cultura, la ciencia y la técnica, el arte, los medios de comunicación social, la política y las relaciones internacionales.

Como "sal y fermento" participa así en la creación como en la redención del mundo.

En el silencio y la humildad de la tarea cotidiana, todos los hechos de la vida diaria de las mujeres y los hombres cristianos se convierten en revelación de la presencia y la providencia del Señor en el mundo.

El trabajo diario del laico, a la vez sencillo y trascendente, es participación de la misión evangelizadora que realiza junto con toda la Iglesia, comunidad misionera y orante, y con ella se santifica.

Al construir el mundo, el cristiano laico evangeliza y transforma la historia, la cultura y las relaciones entre los hombres de una manera que le es propia.

Al convertirse, al santificarse, al acercarse a la oración contribuye con el poder de Dios a superar o corregir los males que padece hoy el mundo: el hambre y las diversas expresiones de discriminación, violencia y opresión, la desocupación, la carrera de armamentos, la injusticia en las relaciones económicas internacionales y demás expresiones de egoísmo colectivo de las naciones.

Participación del mundo del trabajo.

Cuando hablamos de participación creemos necesario referirnos especialmente al mundo del trabajo. Ciertamente es que la Iglesia ofrece al mundo del trabajo su acción evangelizadora tanto como servicio de ayuda allí donde esto es necesario. Pero, por otra parte, existen valores evangélicos que han sido realizados por la acción de los trabajadores en la historia y es bueno que esto sea motivo de reflexión. En nuestro encuentro percibimos que era preciso que hubiera todavía una mayor presencia de la Iglesia en el mundo del trabajo. Del mismo modo consideramos que en el interior de la Iglesia el mundo del trabajo debería ocupar también un espacio mayor.

Los progresos que se registran como consecuencia de los descubrimientos que aportan las ciencias y sus aplicaciones en el campo de la técnica, representan desafíos que los laicos están llamados a asumir con libertad y responsabilidad. Estos adelantos son positivos en cuanto tienen posibilidades de aprovechamiento para el bien común y para la construcción del Reino. Sin embargo, no están exentos de riesgos y de problemas que se plantean en el campo de la ética y moral cristianas como ocurre, por ejemplo, en lo relativo a la biogenética o a la distribución de los beneficios de la tecnología entre el mundo desarrollado y el mundo en vías de desarrollo.

Participación en el mundo de la política.

Así como se perciben como signos positivos la democratización de las sociedades, la promoción de los derechos de la persona humana y la decisión de implementar una opción preferencial por los pobres, surgen también cuestiones que -en un sentido opuesto- se producen en difíciles problemas de ética, y moral cristiana, acrecentado por la presión del medio en que actúa el laico.

Dentro de este contexto, algunos de los temas tratados fueron los de la política de poder y las relaciones entre Iglesia y política, habida cuenta de que del Evangelio no se desprende ningún político concreto que pueda ser impuesto a nadie en nombre de la fe, no obstante existan valores que para el cristiano deben ser respetados en cualquier opción política.

Participación de la mujer.

También nos interesó la participación de la mujer, ya que si bien existe una vocación general a la misión y a la santidad, que se aplica a mujeres y a hombres, hay problemas específicos que encuentran las mujeres en la Iglesia. Hay una historia de la mujer en la Iglesia. La posición que ella ocupa en la Iglesia y en la sociedad en la época actual está llena de posibilidades que debemos aprovechar. Las aspiraciones legítimas de la mujer a una creciente participación basada en su propia dignidad, reflejan un inmenso potencial femenino que merece ser aprovechado en beneficio común, para transformar el mundo, para que el Reino venga.

Participación de la juventud.

En cuanto a la juventud, que ocupa un lugar considerable en la composición de la población del mundo, vimos que no sólo era preciso analizar su potencial de protagonismo futuro -como suele hacerse- sino también su responsabilidad a la luz de las exigencias de esta hora. También la juventud está expuesta al pecado y necesita por

tanto del anuncio del Evangelio. La Jornada Mundial de la Juventud ha permitido mostrar la enorme capacidad actual de los jóvenes para concebir y llevar a cabo la misión de la Iglesia en el mundo.

Estímulos y obstáculos a la participación.

En las distintas manifestaciones de la participación, tanto en sus dimensiones temporal como eclesial, personal como comunitaria, los cristianos laicos encuentran estímulos y a la vez obstáculos.

Unos y otros resultan de las complejas relaciones entre fe y cultura, o bien se generan al contraponerse la necesidad de mantener la unidad eclesial con la pluralidad de las acciones que en el campo de la acción se presentan a cada cristiano y entre las que debe discernir a la luz de la fe.

Al actual en todos estos campos, asumiendo riesgos a veces grandes y en circunstancias difíciles, los laicos aspiran a contar con el aliento y el apoyo de la entera Iglesia.

La Iglesia como espacio de diálogo.

Parte de nuestro interés en la participación, se refleja en que hemos creído conveniente que este Sínodo considere en toda su importancia la necesidad de crear foros o espacios de encuentro y diálogo dentro de la Iglesia, donde la fe de los cristianos laicos y su manera particular de vivirla puedan ser usadas como base válida para un mejor discernimiento.

En realidad, la Iglesia misma constituye un foro y un espacio de diálogo, de lo que la consulta fue un excelente ejemplo.

Pues bien, se trataría de ampliar y multiplicar estos espacios a fin de permitir un encuentro en el que se facilite la superación de las antinomias reales y aparentes que se dan tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella.

Concretamente, el Sínodo podría invitar a los obispos a que creen o faciliten el acceso a estos espacios de diálogo en cada diócesis.

Condición de ese diálogo, por otra parte, que puedan realizarse en un lenguaje que permita empalmar las exigencias propias del Evangelio con la sensibilidad peculiar del hombre y la mujer contemporáneos.

El lenguaje empleado por este mismo Sínodo podría contemplar estas observaciones de modo que se suscitara una mayor aceptación y una respuesta más favorable de aquellos a quienes eventualmente se dirige.

Formación para la participación.

El Sínodo es también un ámbito propicio para que se revisen y adecúen los medios de formación dentro de la Iglesia, a fin de que en ella los laicos cuenten permanentemente con instrumentos que los capaciten para transformar el mundo.

No se trata de una formación intelectual sino más bien de un traspaso de valores.

Ello incluye también una adecuada formación del clero respecto de lo que es la misión específica del laico, con sus propias responsabilidades en la esfera temporal y corresponsabilidades en la vida y misión de la Iglesia en su conjunto.

La formación de laicos adultos en su fe debe incluir también el desarrollo de la espiritualidad, la vida sacramental y la oración profunda.

Estos elementos espirituales son expresión de la permanente -- vinculación directa del hombre con su Creador y resultan indispensables para la vida y misión del laicado, así como para su constante conversión al Señor.

En este sentido, si bien ya se cuenta con las valiosas reflexiones del anterior Sínodo sobre la familia, se ha creído oportuno recordar la importancia de la espiritualidad familiar donde nacen la fe, la confianza, el amor y la esperanza.

El sacramento del matrimonio es una fuente específica de la misión y espiritualidad laical, para la gran mayoría de los laicos -- que son casados.

Otras cuestiones.

En nuestro encuentro hablamos también de otras cuestiones que no nos fue dado profundizar. ¿Cómo se manifiesta la participación de los emigrantes, los refugiados y otras categorías de mujeres y -- hombres cuyos tipos de vida no cuadran con facilidad en los moldes clásicos de la pastoral?

Y en otro orden de cosas, participamos también de una preocupación común por lo que la denominamos la transparencia en la administración de la Iglesia, tema respecto del cual no sin frecuencia se recogen comentarios equivocados en los medios de comunicación. También en esto fue nuestro deseo que el Sínodo recogiera nuestra preocupación.

Con ocasión de la visita del Santo Padre a Argentina, en abril de este año, un obispo argentino decía que "una dolorosa experiencia nos va enseñando que no es fácil discernir los caminos concretos y que nuestras limitaciones son muchas". Es cierto, "no siempre tenemos respuesta a todos los problemas. Hasta en esto somos solidarios con la aventura del hombre y la pobreza del hombre que busca el camino sobre la tierra, en medio de sus problemas" (son palabras de -- uno de los participantes de Rocca di Fapa). Y sin embargo tenemos --

motivos para dar razón de nuestra esperanza y debemos ser el testimonio de la acción de Cristo en la historia. No tememos entonces. El mundo necesita del Señor, a pesar de esa aparente indiferencia secularista.

A semejanza del sacerdote, consciente como nadie de su íntima pobreza personal y a la vez administrador de un inmenso poder dado por el Señor, los laicos van descubriendo por obra del Espíritu que también ellos con sus limitaciones, sus pecados, sus debilidades y omisiones, su falta de formación y de tiempo, son de todos modos "sal y fermento" y no quieren perder el sabor que les ha sido dado.

CONCLUSION.

No fuimos al encuentro a descubrir quiénes eramos o cuál era -- nuestra identidad. No fue preciso hablar de ello. Nos preocupó más -- bien que es lo que debemos hacer para compartir mejor nuestra vida en la única Iglesia comunidad misionera en un mundo que cambia y necesita de Dios.

La gracia del bautismo nos lleva a participar en la única misión de Cristo. De este Sínodo puede emanar una visión integrada sobre la vocación del laico, de manera que la Iglesia sea vivida como una comunión de todos los fieles, clero, religiosos y laicado, en colaboración activa.

Tampoco hicimos el encuentro de Rocca di Papa una asamblea reivindicativa, o un "análisis de poder" dentro de la Iglesia; como si -- la "mayoría" de laicos tuviera "derechos" que hacer valer frente a la jerarquía. No, no fue ése el espíritu con que nos reunimos. La temática del laicado concierne a la Iglesia toda y no solamente a los laicos. El laicado forma parte de la única Iglesia y es por ello que -- sentimos la necesidad de agradecer en el Señor a esa miriada de cristianos de todos los tiempos que nos han precedido con la señal de la fe: catequistas, sacerdotes, maestros, madres y padres, religiosos, obispos, esposos y esposas, hermanos y santos desconocidos que con su ejemplo, su oración, su enseñanza y su prédica nos guiaron, perdonaron y velaron por nosotros. Que Dios los bendiga.

Habiéndonos dado la encíclica "Redemptoris Mater" en este año mariano, el Sínodo no podrá menos que atraer la atención del laicado sobre la figura de María.

"Hoy, mientras nos acercamos al término del segundo milenio cristiano en esta peregrinación de la fe, María está presente en la misión de la Iglesia, presente en la acción de la Iglesia que hace entrar en el mundo el Reino de su Hijo" (R. M.).

Primera representante del laicado cristiano, plenamente poseída por los frutos de la redención, es nuestro modelo.

Ella ocupa una posición en la historia de la creación y salvación como mediadora de la gracia: es la Madre y la educadora del laicado y ayuda eficaz en la realización de su vocación y misión.